

UNA LÓGICA SINIESTRA

Referencia: Año 2004. Inédito.

Mejorar la promoción estudiantil en las pruebas nacionales no debe hacerse por la ruta fácil de reducir las exigencias académicas o desechando instrumentos de inspección y control educativos, como el Bachillerato, sino abordando con seriedad el conjunto del proceso educativo.

El Bachillerato así como está no ha cumplido el objetivo de potenciar el aprendizaje significativo y el desarrollo del pensamiento abstracto, la expresión y la creatividad intelectuales, y ha favorecido conductas *minimalistas* en la formación (mucho se ha reducido inadecuadamente en función de los temarios y tipos de los exámenes: lecciones, técnicas de enseñanza, conceptos, textos, cronogramas). Las pruebas nacionales deben por supuesto modificarse pero, más bien, en una dirección contraria a la que afirma la reciente propuesta ministerial: reformarlas para que sirvan como un factor activo que propicie un fortalecimiento de la calidad educativa en todos los niveles, cuando lo que tenemos está muy lejos de ser suficiente para enfrentar los retos de una época que ha hecho del conocimiento su corazón. Esto, sin embargo, debe hacerse con una mirada *estratégica e integral*. Asuntos como la pertinencia de los programas, los recursos, el uso inteligente y crítico de tecnologías, la formación, capacitación permanente y la competencia de las especialidades educativas, la planificación y auténtica inspección académicas, se deberían invocar en un plan con un norte claro, y especialmente con un compromiso nacional, que involucre universidades, MEP, colegios y escuelas, INA, FOD, medios de comunicación y padres de familia.

Diversificar las pruebas de Bachillerato sin más no tiene sentido ni rigor sin una diversificación curricular seria de este ciclo educativo y un replanteo de las otras variables que afectan el decurso de la educación nacional. La propuesta ministerial, un simple planteamiento administrativo y poco sustentado para el final de procesos educativos, no es una transformación académica que pueda relanzar la educación, y por el contrario amenaza gravemente con debilitarla. Hacer optativas las matemáticas en el Bachillerato, que es lo que en buena medida se plantea, o las ciencias naturales, es asegurar al egresado de la secundaria menores calidades en estas disciplinas, reducir sus oportunidades (incluso para proseguir profesiones en el futuro que demandan esta formación), presionar hacia menores exigencias en las universidades públicas y privadas (muchas de las cuales exhiben ya bajos estándares), reducir recursos para mejorar la formación en estas disciplinas, y globalmente debilitar la competitividad del país en matemáticas y ciencias (ya

precaria). Esto afectaría, de forma directa, sobre todo a los estudiantes de las instituciones públicas y a los sectores más débiles del país, ampliando las inequidades sociales, y en general arriesgaría el progreso del país en el complejo escenario histórico que vivimos.

Hacer optativas las pruebas nacionales en aquellas disciplinas con menor promoción estudiantil (o que poseen dificultades) es una estrategia con consecuencias muy negativas, y posee una *lógica siniestra*: hoy se puede aplicar a las Matemáticas, mañana a Estudios Sociales, o, con esa argumentación, a cada tema o subtema de las materias que cause o llegue a causar "dificultades"; es decir, una patente para volver optativas gramática o geometría o historia, etc. Esta lógica se podría aplicar, también, a los exámenes en el aula. Nada estará seguro. Al final, nos podemos quedar, precisamente, ... con nada.